

Nemrava, Daniel

Espacios de la memoria en dos novelas de Héctor Tizón

Études romanes de Brno. 2009, vol. 30, iss. 2, pp. [99]-105

ISSN 1803-7399 (print); ISSN 2336-4416 (online)

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/114801>

Access Date: 17. 02. 2024

Version: 20220831

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.

DANIEL NEMRAVA

ESPACIOS DE LA MEMORIA EN DOS NOVELAS DE HÉCTOR TIZÓN

En el presente trabajo quisiéramos destacar cómo las modalidades del espacio y del tiempo, dentro de la imaginación existencial y mítica, situando concretamente al sujeto cuya autorreflexión está relacionada con la búsqueda de la propia identidad, están representadas y cómo funcionan en dos novelas de Héctor Tizón: *La casa y el viento* y *El hombre que llegó a un pueblo*. En estos textos, sobre todo en el primero, Héctor Tizón representa el espacio como un lugar transitorio, cambiándose el término del paisaje por el pasaje. La necesidad de un espacio auténtico y concreto en forma de la “casa” se convierte en una de las condiciones claves en la búsqueda de la identidad.

El esquema de la historia de *La casa y el viento* es muy simple: su protagonista, antes de exiliarse por causa de la represión militar y abandonar definitivamente su casa que se extiende simbólicamente a la región circundante, región fronteriza y pobre del noroeste argentino, decide recorrer ese lugar para arraigar en la memoria espacios de su intimidad que iba a perder físicamente. A través de varios encuentros con diferentes destinos de la gente local y con sus fábulas se acerca a la dimensión mítica, al sentido más profundo de la existencia en esta parte del mundo, a la identidad. Sin embargo, viajando, el protagonista se siente angustiado por causa de la sospecha de que la memoria después de perder de la vista las dimensiones espaciales, sufriendo el viento del olvido, no garantiza la inmovilidad de los recuerdos y su solidez. Su angustia se reduplica desde la perspectiva del exilio lejano desde el cual el narrador cuenta todo ese recorrido por la tierra natal.

En este trabajo prestamos nuestra atención especialmente al valor simbólico de la casa de acuerdo con la concepción que Gaston Bachelard desarrolla en su *Poética del espacio*. En primer lugar, dentro de la dialéctica tiempo-espacio, memoria-olvido Bachelard destaca la totalidad del espacio de la casa:

Aquí el espacio lo es todo, porque el tiempo no anima ya la memoria. La memoria [...] no registra la duración concreta...No se pueden revivir las duraciones abolidas. Sólo es posible pensarlas, pensarlas sobre la línea de un tiempo abstracto privado de todo espesor. Es por el

espacio, es en el espacio donde encontramos esos bellos fósiles de duración, concretizado por largas estancias. El inconsciente reside. Los recuerdos son inmóviles, tanto más sólidos cuanto más espacializados [...]. Para el conocimiento de la intimidad es más urgente que la determinación de las fechas, la localización de nuestra intimidad en los espacios¹.

Entonces es el espacio de la casa natal donde localizamos nuestra intimidad, un lugar fundamental, sea real sea virtual, donde se integran nuestros pensamientos, nuestros recuerdos y nuestros sueños. Es el lugar de la formación de nuestra identidad individual y al mismo tiempo el lugar de la integración y absorción de la identidad colectiva. Dice el protagonista de *La casa y el viento* que “[l]a historia de un hombre es un largo rodeo alrededor de su casa”². Su memoria es por supuesto de-limitada con palabras y estas palabras se funden con las imágenes (símbolos). Así los recuerdos adquieren una dimensión espacial: “La memoria convertida en palabras, porque es en las palabras donde nuestro pasado perdura, y en las imágenes (¿no son las palabras sólo imágenes?).”³

Para Bachelard “estamos aquí en la unidad de la imagen y del recuerdo, en el mixto funcional de la imaginación y de la memoria”⁴.

Dentro del contexto del exiliado que pierde la casa natal hay que destacar precisamente la cualidad de la inmovilidad de recuerdos, de esos “fósiles de duración”. De allí el carácter críptico de la casa natal:

La casa natal es más que un cuerpo de vivienda, es un cuerpo de sueños. Cada uno de sus reductos fue un albergue de ensueños [...]. Si se da a todos esos retiros su función, que es la de albergar sueños, puede decirse [...] que existe para cada uno de nosotros una casa onírica, una casa del recuerdo-sueño, perdida en la sombra de un más allá del pasado verdadero [...] esa casa onírica es la cripta de la casa natal⁵.

En el exilio donde se encuentra el protagonista, el sueño de la infancia con la casa-cripta se transforma en la pesadilla traumática de la pérdida a causa de la represión y el abandono involuntario. Desde el punto de vista psicológico, el protagonista/narrador niega la pérdida enterrando vivo el objeto perdido que es su casa. En este proceso de la incorporación la casa-cripta deja al mismo tiempo irresuelto su duelo⁶.

También la *tierra madre* revela su cara opuesta, críptica, y se funde en una imagen de la ruina, ya que la tierra que el protagonista abandona se nos presenta como un paisaje hostil, abandonado, desértico, marginado, perdido en el olvido:

¹ BACHELARD, Gaston. *La Poética del espacio*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 42.

² TIZÓN, Héctor. *La casa y el viento*. Buenos Aires: Alfaguara, 2001, p. 174.

³ TIZÓN, Héctor. *La casa...*, cit., p. 174.

⁴ BACHELARD, Gaston, op. cit., p. 49.

⁵ Ibid., p. 49.

⁶ Cf. FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1992.

Quien no recorra estas tierras jamás llegará a saber de qué manera el mundo, las cosas, son huidizos y frágiles. Estas rocas, los yacimientos desamparados, los ríos muertos como estelas geológicas. En ningún otro lugar como aquí, en la Puna, pasa uno más fácilmente de la visión de lo aparente al ensueño⁷.

Por lo tanto, este espacio lo podríamos interpretar también como símbolo de la derrota, de un fracaso histórico que coincide con el período dictatorial o posdictatorial en la región del Cono Sur⁸ recordando constantemente que “los asesinos, los locos, la sal, el viento se han apropiado de todo”⁹. La mayoría de las imágenes surgidas del paisaje atravesado y minuciosamente observado, tanto del presente como del pasado, se relacionan con la muerte, con el cadáver y con la ruina:

Recordé entonces, muchos años atrás, los convoyes con tropas bolivianas repatriadas durante la guerra del Chaco; rostros macilentos, indígenas uniformados como agónicas comparsas, mirando a través de los cristales de los mismos vagones el regreso desde una pesadilla de estruendos y de muerte; mirando, también, petrificados ojos de antigu[a]s charcas, [...] los vendajes de mugre sanguinolenta, las bayonetas, las insignias de mando, que allí venían a ser sólo malamares inútiles, doradas pompas fúnebres¹⁰.

En adelante, en el relato aparece un episodio, un metarrelato importante: la búsqueda de un verso perdido de una copla que el narrador considera como clave para su identidad. El protagonista, antes de cruzar definitivamente la frontera, desvía del camino para buscar la pista hacia el desciframiento de este verso mágico, impronunciable y maldito a la vez, ya que según la leyenda el cantante llamado don Belindo que en el momento de pronunciarlo murió a puñaladas:

¿Cuál fue el verso de la copla perdido y recuperado al morir? ¿Ese verso era una clave remota, un remedio secreto contra el olvido? Algunos dicen que es el mismo que los brujos usaron como conjuro y que sólo sirve en el último instante. Yo lo buscaba ahora, y aunque nada de lo que vi o escuché durante el camino me ayudaba a descubrir algún indicio, seguí adelante, porque sabía que llamar realidad sólo a lo que vemos es también una forma de locura¹¹.

Según Paul Ricoeur, para mantener la identidad, para resistir al “arruinamiento universal” hay que tratar de salvar las huellas. Sin embargo, “entre estas huellas se encuentran también las heridas infligidas por el curso violento de la historia a sus víctimas”¹².

⁷ TIZÓN, Héctor. *La casa...*, cit., p. 97.

⁸ Acerca de modos de la representación de la época postdictatorial en la literatura contemporánea véase AVELAR, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2000.

⁹ *Ibid.*, p. 137.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 20–21.

¹¹ *Ibid.*, p. 49.

¹² RICOEUR, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife Producciones, 1999 p. 40.

Ese “largo rodeo alrededor de la casa”, esa búsqueda del verso perdido, es decir, “una clave remota, un remedio secreto contra el olvido” evocan un ritual repetitivo trasladándonos al nivel mítico. Aplicando por analogía la estructura mitológica, de acuerdo con, por ejemplo, la teoría de Mircea Eliade, al recorrido del protagonista por la tierra natal antes de abandonarla definitivamente, este recorrido lo podemos interpretar como una especie del *retorno al origen*.¹³ A pesar de hallarse muy cerca de la frontera de otro país que significa “libertad” y salvación de la represión el protagonista sigue su intuición en busca de la esencia en forma de verso, de lo “primordial”, para que la memoria en el exilio no le evoque sólo unos fragmentos aislados de su propia historia sin ninguna relación entre sí. Explícitamente manifiesta la razón de su decisión siendo consciente de la amenaza de un vacío del exilio futuro sin un recuerdo total del pasado. Es obvia en este caso la insuficiencia de la *anamnesis* historiográfica. El protagonista revela la necesidad de proyectarse fuera de su “momento histórico”, la necesidad de guardar en su memoria la dimensión sagrada de la tierra que abandona pronunciada en el momento crucial de su peregrinación.

El relato tiene carácter trágico y melancólico, y es por el hecho de la imposibilidad de alcanzar esa totalidad de la palabra buscada. Así, en la condición del *ser* desterrado, en el exilio, es decir un lugar impropio, ajeno, caótico, se vuelve cada vez más poderoso para el protagonista el vacío de la existencia. Por otro lado, es consciente de que la única manera para sobrevivir en el “Caos” exílico presentado aquí como un lugar nublado, frío e incomprensible, y para enfrentarlo y vencerlo, es llenar este vacío con recuerdos, imágenes de un “Cosmos” perdido y destruido para que le ayuden a sobrevivir, a pesar de no abarcarlo en su totalidad.

Una de las problemáticas fundamentales dentro del discurso mitológico es la del concepto de “Centro”. Como hemos visto arriba, el protagonista expresa su descentramiento y la caída en el vacío caótico del que le salva el recuerdo de la casa, es decir del único lugar donde la existencia del hombre tiene sentido. Bachelard atribuye a la casa el valor cósmico y de acuerdo con la significación mitológica el valor de la centralidad. La casa se imagina como un ser concentrado, al mismo tiempo “como un ser vertical. Se eleva. Se diferencia en el sentido de su verticalidad. Es uno de los llamamientos a nuestra conciencia de verticalidad”¹⁴.

El camino que conduce al protagonista de Tizón a la casa es, de acuerdo con los rituales iniciáticos, un camino que también conduce al centro de su *ser*. En los ritos tradicionales este camino suele ser peligroso, extremadamente difícil, laberíntico pero siempre conduciendo al centro, es decir, a la casa. Sólo así el viaje tiene sentido, tal como lo dice el narrador: “Uno viaja solamente cuando llega.”¹⁵

¹³ ELIADE Mircea. *El mito del eterno retorno*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2001.

¹⁴ BACHELARD, Gaston, op. cit., p. 51.

¹⁵ TIZÓN, Héctor. *La casa...*, cit., p. 171

En la novela *El hombre que llegó a un pueblo*¹⁶ el protagonista es un forajido. En su huida de la cárcel llega a un pueblo perdido en el desierto cuyos habitantes miserables y hambrientos lo consideran desde principio como un cura al que llevaban años esperando para que los salvara. El prisionero acepta el papel de cura creyendo librarse del peso de su pasado. Su pasividad, sin embargo, más tarde no despierta la esperanza y empieza a inquietarlos. Con el tiempo, sus ovejas lo abandonan definitivamente a lo que contribuye una compañía constructora que entra en el pueblo y empieza a contratar a sus habitantes para la construcción de la carretera. Simbólicamente toma como su sede las casas abandonadas, pegadas a la iglesia, igualmente vacía, donde reparte el dinero y la comida. Con un gesto desesperado, hasta grotesco, el cura falso decide imitar a Cristo intentando violentamente expulsar a la compañía del templo, es decir, de su centro, pero el jefe de la constructora lo echa a patadas. Este hecho inútil lo condena a la resignación absoluta, a la soledad y el olvido. Encontramos aquí muchos pasajes con imágenes de carácter icónico que manifiestan la existencia consciente del héroe y donde se combinan las modalidades de la imaginación existencial, la espacial y temporal, como por ejemplo:

Pero en las tardes una honda melancolía lo embargaba, cuando de pie en su cuarto gastaba las horas contemplando aquel paisaje duro y vacío, pardo, sin caminos ni más referencias que el horizonte chato recortado contra el cielo. “¿Cuál es mi ganancia?”, se pregunta entonces. “¿Acaso he logrado mi libertad para venir a sepultarme entre estos locos?” ¿No era preferible ser un vagabundo perseguido?¹⁷

La historia de este pueblo, perdido en el noroeste argentino, la podemos interpretar también como el proceso de una paulatina degradación del “centro” y de su desacralización. En muchos textos parabólicos y alegóricos aparece el tema apocalíptico de la destrucción del cosmos mítico de un lugar. En esta novela la historia gira en torno al cura falso que no será capaz de activar la vida religiosa del pueblo dejando el lugar santo de la iglesia, abandonado. Ausente el centro sagrado, el pueblo entra en una crisis existencial, en un vacío.

En un momento crucial del que ya hemos hablado más arriba los habitantes se hallan ante una decisión fundamental, la de elegir entre el trabajo duro en la construcción de la carretera por una paga miserable y la vida espiritual que les ofrece el cura falso. Los presentes que trabajan en la construcción se encuentran ante la única posibilidad de recuperar la dimensión sagrada de sus existencias intermediada, sin embargo, por un personaje con el pasado moralmente dudoso. Al final se deciden por servir humildemente a la compañía que les da empleo, ya que la miseria material les obliga a resignar. El gesto mencionado del protagonista resulta absurdo a pesar de que intenta recordarles a todos su pasada dignidad:

¹⁶ TIZÓN, Héctor. *El hombre que llegó a un pueblo*. Buenos Aires: Alfaguara, 2005.

¹⁷ TIZÓN, Héctor. *El hombre...*, cit., p. 47.

—Hijitos, no hagan caso a éste que como una mujer se cubre la cabeza con un sombrero ridículo [...]. El varón no debe cubrirse la cabeza porque él es imagen y gloria de Dios... Y ustedes ¿sólo porque viene a hacerles un camino se han de convertir en comilones y borrachos? La patria no se ha hecho con semejante ralea.”¹⁸

La consecuencia de la decisión del pueblo es la pérdida de la memoria. La necesidad de un sacerdote esperado ansiosamente durante largo tiempo se convirtió en el olvido total del protagonista que inconscientemente había venido como un milagro para salvar las almas abandonadas por Dios. El protagonista simboliza así esa resignación y ese olvido:

Al cabo de los años ya casi nadie sabía cómo ni cuándo el hombre había llegado al pueblo. Y aquellos que quizás alguna vez pudieron haber visto en él la voluntad de todos alzándose desde la incuria y el olvido, abrazaron otras causas o se acogieron a otras promesas y consuelos y los más jóvenes y sin memoria lo tuvieron hasta que murió por un anciano holgazán y chiflado.¹⁹

El espacio al que está arrojado el protagonista resulta vacío, silencioso y así la fuente de la alienación del protagonista. El se halla encarcelado en la soledad absoluta que se puede calificar como “exilio interior”. Lo que le rodea son objetos lejanos y silenciosos. Como hemos observado, él finalmente logra desprenderse de la pasividad de la nada, pero sus hechos resultan absurdos y (auto)destructivos. Lo único que lo mantiene vivo en su alienación, su exilio, es la memoria selectiva (limitada) que también se manifiesta en las imágenes:

El hombre, de puro no hacer nada, recordaba, vivía en su memoria. Pero la memoria, aunque de orden saltado, es selectiva y piadosa, sólo así nos ayuda a vivir. De pronto surgen las imágenes de hechos que ya creíamos sepultados para siempre, pero inmediatamente las apresamos y domesticamos para que no nos dañen.²⁰

En términos mitológicos, en el relato se lleva a cabo la sustitución simbólica del centro sagrado, del templo que al mismo tiempo representa el Cosmos mítico, por la profanación total de la existencia por medio de una empresa privada, constructora de la carretera. Con la realización de ese proyecto “civilizador” la carretera cruza simbólicamente el centro causando así la destrucción cultural. Lo absurdo de la empresa “civilizadora”, cuyo propósito inicial era la prosperidad y bienestar de los habitantes, ilustran sus consecuencias en el siguiente fragmento:

La carretera, en rigor de verdad, hasta ahora ha tenido poco uso y en partes el yuyaral se obstina en afrentarla ganándole pedazos por sus costados. El camino se ha llevado a mucha gente, no a los niños ni a los ancianos sino a los jóvenes de sangre impaciente y temeraria.²¹

¹⁸ TIZÓN, Héctor. *El hombre...*, cit., p. 90.

¹⁹ TIZÓN, Héctor. *El hombre...*, cit., p. 133.

²⁰ TIZÓN, Héctor. *El hombre...*, cit., p. 70.

²¹ TIZÓN, Héctor. *El hombre...*, cit., p. 132.

Conclusión

Con los ejemplos seleccionados intentamos demostrar una fuerte presencia de la imaginación existencial y mítica que, mediante diferentes modalidades, refleja la compleja problemática de la identidad argentina. Esta problemática la relacionamos con el tema del exilio que de manera considerable condiciona la existencia de la sociedad argentina. A la vez, la misma problemática constituye el eje temático de muchos textos de la literatura argentina que no se limita sólo al contexto político del concreto período histórico de la represión sino que es el resultado de complicados procesos históricos como parte del discurso filosófico y sociológico sobre la identidad. En cuanto a las dos novelas, en ambas se repiten los mismos esquemas basados en conflictos entre lo tradicional, lo sagrado, lo autóctono y lo nuevo, lo profano, lo importado, pero con diferentes resultados. En *La casa y el viento* el elemento destructor tiene la forma del sistema represivo que obliga al protagonista a abandonar su casa. En *El hombre que llegó a un pueblo* este elemento es representado por la constructora de la carretera que logra destruir la dimensión espiritual del pueblo borrando su memoria. En los dos casos se trata de la marginalización y la expulsión del sujeto.

Referencias bibliográficas

- AVELAR, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2000.
- BACHELARD, Gaston. *La Poética del espacio*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- ELIADE, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2001.
- FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1992.
- RICOEUR, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife Producciones, 1999.
- TIZÓN, Héctor. *El hombre que llegó a un pueblo*. Buenos Aires: Alfaguara, 2005.
- TIZÓN, Héctor. *La casa y el viento*. Buenos Aires: Alfaguara, 2001.

Abstract and key words

The paper puts in relation the categories of time, space, exile and identity in contemporary Argentina literature. The analysis is based and exemplified on two novels by Héctor Tizón: *La casa y el viento* and *El hombre que llegó a un pueblo*.

Time; space; exile; identity; Argentina literature

